

## Ducmelic según Squirru.

Al cumplirse las bodas de plata de la Fundación del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires, Kenneth Kemble organizó una muestra para conmemorar el evento, invitando a los artistas que habían participado de su muestra inaugural. Por sugerencia de Carlos Manuel Muñiz conduje a Henry Kissinger y su esposa a una visita guiada de la exposición. Calcule el lector mi satisfacción cuando Kissinger se detuvo frente a una de las obras expuestas y dijo: *"Quiero tener esa obra en mi colección"*. Se trataba de una pintura al óleo de Zdravko Ducmelic. Quien fuera memorable secretario de Estado de EE.UU. cumplió con su deseo, agregando más tarde: *"Me avergüenza no haber conocido antes la poderosa Escuela de Arte Argentino"*. Algo parecido le oí decir a André Malraux. Esta muestra de Ducmelic está compuesta por técnicas mixtas y por óleos. Las primeras acompañaron textos de nuestro poeta Alberto Girri, algunos de los óleos formaron parte del libro 'Laberintos' de Jorge Luis Borges, que el artista prefirió dedicar a su admirado escritor, antes que editar un libro sobre su propia labor.

Conocí bien a Ducmelic: nos reuníamos a menudo con Girri y con el editor José Cipolla para almorzar en un bar-restaurant céntrico. Parco en el uso de la palabra, alto y flaco, algunas veces sonreía para festejar alguna ocurrencia de Cipolla.

La formación académica de Zdravko era sólida. Había asistido a la Escuela de Zagreb, completando sus estudios en Roma y en la Academia de San Fernando en Madrid. Desde 1949 se radicó en nuestro país, cuya nacionalidad adoptó ejerciendo como profesor durante un tiempo en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad de Cuyo (Mendoza).

Seleccionado en más de una oportunidad para el Premio Palanza, justo es admitir que su labor creadora no pasó desapercibida en nuestro medio capitalino, donde trabajó en los últimos lustros de su vida.

Toda su obra está signada por el misterio. Impecable en su factura pictórica y dibujística, sus imágenes parecen evocación de mundos perdidos y sin duda recordados por su rico subconsciente. Se trata de una pintura de gran refinamiento donde rostros, breves figuras de seres humanos o de animales, sugieren destinos tan maravillosos como el del propio Zdravko Ducmelic.

**Rafael Squirru**, Buenos Aires, abril de 2001.